



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Valle de Aosta

Domingo 16 de julio de 1995

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Quisiera proseguir también hoy, en esta espléndida localidad de montaña, el tema que estoy desarrollando desde hace algunas semanas. Nunca se insistirá bastante en el hecho de que es preciso valorar a *la mujer en todos los ámbitos de la vida*. Con todo, hay que reconocer que, entre los dones y las tareas que le son propias, destaca de manera especial su *vocación a la maternidad*.

Con ella, la mujer asume casi un papel de *fundación* con respecto a la sociedad. Es un papel que comparte con su esposo, pero es indiscutible que la naturaleza le ha atribuido a ella la parte mayor. A este respecto, escribí en la carta apostólica *Mulieris dignitatem*: «Aunque “el hecho de ser padres” pertenece a los dos, es una realidad más profunda en la mujer, especialmente en el período prenatal. La mujer es “la que paga” directamente por este común engendrar, que absorbe literalmente las energías de su cuerpo y de su alma. Por consiguiente, es necesario que el *hombre* sea plenamente consciente de que, en este ser padres en común, él contrae *una deuda especial con la mujer*» (n. 18).

De la vocación materna brota la singular relación de la mujer *con la vida humana*. Abriéndose a la maternidad, ella siente surgir y crecer la vida en su seno. Es privilegio de las madres hacer esta experiencia inefable, pero todas las mujeres, de alguna manera, tienen intuición de ella, dado que están predispuestas a ese don admirable.

2. La misión materna es también fundamento de una *responsabilidad* particular. La madre está puesta como *protectora de la vida*. A ella le corresponde acogerla con solicitud, favoreciendo ese primer diálogo del ser humano con el mundo, que se realiza precisamente en la simbiosis con el cuerpo materno. Aquí es donde comienza la historia de todo hombre, Cada uno de nosotros, repasando esa historia, no puede menos de llegar a aquel instante en que comenzó a existir dentro del cuerpo materno, con *un proyecto de vida exclusivo e inconfundible*. Estábamos en *nuestra madre*, pero sin confundirnos con ella: necesitados de su cuerpo y de su amor, pero plenamente *autónomos* en nuestra identidad personal.

La mujer está llamada a ofrecer lo mejor de sí al niño que crece dentro de ella. Y precisamente haciéndose *don*, se conoce mejor a sí misma y se realiza en su femineidad. Se podría decir que la fragilidad de su criatura despierta sus mejores recursos afectivos y espirituales. Es un verdadero *intercambio de dones*. El éxito de este intercambio es de inestimable valor para el desarrollo sereno del niño.

3. María, a quien hoy invocamos bajo el título de santísima Virgen del Carmen, hizo plenamente esa experiencia, pues tuvo la misión de engendrar en el tiempo al Hijo eterno de Dios. En ella la vocación materna alcanza la cima de su dignidad y de sus potencialidades. Que la Virgen santísima ayude a las mujeres a ser cada vez más conscientes de su misión e impulse a la sociedad entera a expresar a las madres toda forma posible de reconocimiento y cercanía electiva.

© Copyright 1995 - Libreria Editrice Vaticana